



Octubre 2016

EL AMOR DE DIOS A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

cluirá que se trata de la prolija historia de las tormentosas relaciones de un pueblo, el de Israel, con su Dios.

Para un católico la conclusión es diferente. Se trata de la historia de las relaciones de Dios con toda la Humanidad, sin adjetivo o delimitación alguna de orden territorial, étnico o político. Es una historia universal, no particular del pueblo judío.

Una persona imparcial, bienintencionada pero indiferente en el aspecto religioso, al efectuar la lectura del Antiguo Testamento, con-



SOMOS LIBRES

La primera y obvia pregunta que nos hacemos es cómo y por qué se ha producido esta diversidad de conceptos. ¿En qué puede afectarnos a los católicos de hoy día lo sucedido hace más de tres mil años a un pueblo totalmente ajeno a nosotros en los aspectos étnico, geográfico, cultural y, por supuesto, temporal?

La respuesta es contundente. Jesús de Nazaret, fundador de nuestra Iglesia Católica, no solamente era judío, sino fiel practicante de su religión. La Iglesia cristiana que Él instituyó se fundamentó sobre los cimientos del judaísmo, excepción hecha de un planteamiento esencial. Los judíos esperaban, y siguen esperando, la venida del Mesías, un liberador del pueblo que



ha de devolver a Israel su gloria perdida. Jesús se autoproclamó como tal Mesías. Sus seguidores así lo venimos aceptando a través de los siglos, pero los judíos, no.

Esa continuidad del judaísmo en aspectos tan decisivos como la tradición, la historia y los ritos, caracterizó desde sus comienzos a la religión de Jesús de Nazaret. Al mismo tiempo, supuso la automática

incorporación a la nueva religión de un acerbo literario y cultural que por sí sola hubiera tardado mucho en adquirir. Y, sobre todo ello, mantuvo la continuidad de los Diez Mandamientos que Dios entregó a Moisés en el monte Sinaí, base moral y doctrinal tanto de la religión judía como, a partir de ese momento, del cristianismo.

De forma paulatina y lógica, la nueva religión emergente, aunque fiel a esos fundamentos, fue consolidando peculiaridades propias de orden jerárquico y organizativo y sobre todo, esencialmente, todas las derivadas de la aceptación de que Jesús de Nazaret era realmente el Mesías esperado. Es decir, se identificó como una religión enraizada en el judaísmo pero totalmente independiente.

Para el creyente católico y para los fines del presente artículo, la consecuencia angular de esta separación es, como al principio decíamos, que el contenido del Antiguo Testamento se refiere a las relaciones de Dios con toda la Humanidad, no solamente con el Pueblo de Israel. Y que el vínculo de tales relaciones fue y sigue siendo Jesús de Nazaret.

No me atrevería yo a decir si *por encima*

o por de debajo de estas diferencias, pero sí como sublime sustrato de todas ellas, aflora el concepto de Dios, concepto con diferente matiz a partir de Jesús. Porque en los tiempos antiguos,

gustaban entender preferentemente a Dios en su aspecto omnipotente, inconmesurable en sus designios, terrible en su ira contra sus enemigos y en la aplicación tajante de la ley del talión. Jesús presentó a Dios, en sus propias palabras, como *padre suyo*

y padre nuestro, de todos los hombres. No hay forma más clara de expresar algo que en nuestros días ha tomado forma en tres palabras: **Dios es amor**. Sigue siendo el inconmensurable Dios de Israel, Yavéh, pero desde una nueva perspectiva.



En nuestro humano afán de captar lo que Dios realmente es y significa, muy frecuentemente nos dejamos llevar, de forma inconsciente, por un excesivo antropomorfismo.

Creemos entenderle mucho mejor si le representamos con nuestra propia imagen, con nuestras mismas características y atributos. **Y así, pensamos que el Amor de Dios es, como el nuestro, un sentimiento maravilloso, gratificante, si bien elevado a la infinita potencia que de Él nos separa. Y, sin duda, así es, pero**

no basta, porque el Amor de Dios hacia los hombres es más, mucho más.

Se cuenta que en una ocasión un mendigo se acercó a Alejandro Magno a pedirle limosna. Alejandro se volvió a sus generales. *Dadle dos ciudades*, ordenó con sencillez. El infeliz mendigo, temiendo haber irritado al rey, aclaró, tembloroso, que él sólo había pedido unas monedas para comer, a lo que Alejandro replicó: *Tú me has pedido limosna como lo que eres; yo te la concedo como lo que soy*. Este relato

Dios concedió al género humano el don maravilloso de la más absoluta libertad.

aquellos dos hombres. Uno, el más poderoso del mundo en aquellos momentos. El otro, uno de los miles de indigentes que arrastraban su mísera existencia por las ciudades de Grecia. Pero la distancia que separa al hombre de Dios es infinitamente superior. Y como la magnanimidad de Dios es también infinitamente superior que la de Alejandro Magno, no nos ha de extrañar que nuestro pobre concepto de amor se quede muy corto y que Él lo entienda con el regalo no de dos ciudades, sino de un inimaginable imperio.

El concepto del **amor divino** se pone de manifiesto en los primeros momentos de la humanidad, por eso ya lo encontramos

en el Antiguo Testamento y lo seguimos encontrando en la actualidad. Sobrepasó entonces, y lo sigue haciendo ahora, el



ámbito de lo sensible, lo afectivo, llegando a hundir sus raíces en la mismísima esencia divina. Y lo hace, incluso, en la circunstancia en que, si cabe, la distancia se debería hacer mayor: en el **perdón**, que, inevitablemente, engrandece a quien lo otorga. Las dos primeras ocasiones se dieron en el ámbito del Antiguo Testamento: tras el pecado original de nuestros primeros padres y en las infidelidades de su pueblo elegido. La tercera, ya en el ámbito del cristianismo, del Nuevo Testamento, muestra el Amor de Dios a través de Jesús, su hijo unigénito y, como Él, también Dios.

En las tres ocasiones los planes de Dios se vieron obstaculizados por la soberbia, el egoísmo, la maldad, y por qué no reconocerlo, la estupidez del ser humano. Y Dios tuvo que insistir, rodear, modificar, incluso perdonar para poder seguir adelante. ¿Cómo es eso posible? Porque Dios es omnisciente y omnipotente, en Él no cabe el error y, por lo tanto, la rectificación propia es inexistente por innecesaria y la ajena sólo es pensable como blasfemia. Pero en estas tres ocasiones, y en otras innumerables a lo largo

de la vida, Dios rectifica sus decisiones exclusivamente en beneficio de su criatura predilecta, el hombre.

La magnitud de esta realidad sólo puede ser insinuada a nivel teológico. Dios concedió al género humano el don maravilloso de la más absoluta **libertad**. Absoluta, porque le otorgaba, incluso, la posibilidad de oponerse a Él, a sus mandatos. La reacción de Dios ante esta oposición, apoyándose en su perfecto sentido de la justicia y su omnipotencia, hubiera debido ser un castigo fulminante, irreversible, que llevara implícita la anulación del acto de rebeldía, que se habría hecho único. Y al quedar la voluntad del hombre plenamente supeditada a la omnipotencia divina, aquella prometida libertad no habría llegado a existir.

De forma incomprensible para nuestras inteligencias, Dios, sin menoscabo de ninguno de sus atributos permitió, expresándonos coloquialmente, que se *levantaran las barreras* de su omnipotencia para que el hombre fuera real, absolutamente libre. Y ahí, con certeza, y sin menoscabo de otros cariños paternos, radica el gran concepto

del Amor de Dios hacia los hombres.

En nueva muestra de insensatez humana, este acto de amor es interpretado por muchos como culposa indiferencia. *Si Dios, dicen, es omnisciente, todopoderoso y misericordioso, ¿por qué no evita las malas acciones que sabe que vamos a cometer y nos acarrearán un castigo?* Es evidente que quien así piensa tiene muy confusos los conceptos de libertad, de justicia y de Amor de Dios.

Tanto en lo humano como en lo divino, el hombre no sólo pide, sino reclama, exige, libertad; pero suele olvidar que la libertad comporta obligaciones, alguna tan sencilla, o acaso no lo sea tanto..., como reconocer los propios errores y pedir perdón.

Dios ha querido eliminar todo determinismo de nuestra vida. Todo bien que merezca un premio y todo mal que nos acarree un castigo, solamente dependen de nuestro libre albedrío, de nuestra libertad. Y esto, a poco que lo pensemos es un increíble **regalo de amor**.

..... **CARMELO PARADINAS**



Colegio
Montessori

Calle Rafael Lapesa 1
37004 Salamanca

www.montessorisalamanca.net